



Presidente Spencer W. Kimball

La familia puede ser eterna

Mis queridos hermanos, me siento feliz de daros la bienvenida a esta sesión de apertura de la Conferencia General de la Iglesia siendo el centesimo quincuagesimo año de ésta.

Desde sus principios» La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días ha dado énfasis a la vida familiar. Siempre hemos sabido que los fundamentos de la familia como unidad eterna se establecieron aun antes de que esta tierra fuera creada. La sociedad sin una vida familiar básica no tendría cimientos y se desintegraría en la nada. Por lo tanto, en cualquier momento en que una institución tan básica como la familia eterna está en peligro, tenemos la solemne obligación de hablar, no sea que aquellos que deliberadamente están tratando de destruirla le hagan un grave daño.

Los mandamientos y las normas de moral instituidos por el Señor mismo son atacados a diestra y siniestra; por todos lados hay falsos maestros que hacen uso de la palabra y la literatura pornográfica, las revistas, la radio, la televisión y la propaganda callej era para diseminar herejías que destruyen las normas morales.

A causa de lo serio de este tema, he preparado un artículo que aparecerá en el número de febrero de 1981 de la *Liahona*, en el cual hablo franca y extensamente respecto a la moralidad. Esta es una grave responsabilidad, la cual no es nada fácil y deseo instar a todos los miembros de la Iglesia a que lo lean.

Vivimos en tiempos peligrosos, en los que cada vez más personas violan el voto matrimonial, y la delincuencia juvenil aumenta notablemente. En los Estados Unidos el número de divorcios ha aumentado en un 65% desde 1970; la cantidad de parejas que conviven sin casarse se ha elevado a más de un 157% en la década pasada; hay muchos más niños que crecen en hogares donde falta uno de los padres. En 1979, una de cada cinco familias con hijos tenía sólo uno de los padres en la casa.

El aborto ha alcanzado las proporciones de una plaga. Por ejemplo, "en Inglaterra, desde que se creó el decreto pro-aborto, ha habido más muertes en una década a causa de éste, que todas las que hubo durante la Primera Guerra Mundial". Sobre esto, Malcomí Muggeridge ha dicho:



El presidente Kimball estrecha la mano de algunos miembros visitantes.

"Fui educado en la creencia de que uno de los grandes problemas de nuestro mundo occidental era que en la Primera Guerra Mundial perdimos la flor y nata de nuestra población. Pero ahora, en nombre de principios humanos hemos destruido un número equivalente de vidas, aun antes de que nacieran." (*Human Life Review*, número del verano de 1980, pág. 74.)

Más aún, muchas de las restricciones sociales que en el pasado ayudaron a reforzar y apuntalar a la familia están diluyéndose y desapareciendo. Llegará un momento en que sólo aquellos que crean profunda y activamente en la familia podrán preservar a la suya en medio de las iniquidades que nos rodean.

Ya sea por inadvertencia, ignorancia u otras causas, los esfuer-

zos que a menudo hacen los gobiernos, y que aparentemente tienen como objeto ayudar a la institución familiar, sólo sirven para perjudicarla más. Hay quienes harían una definición tan contradictoria de ésta que la colocarían en el plano de lo inexistente. Cuanto más se esfuerzan en vano los gobiernos por "usurparle su lugar, menos eficaces son para cumplir con el papel tradicional y básico para el cual fueron creados.

Aunque nos disguste reconocerlo, muchas de las dificultades que acosan a la familia actualmente nacen de la violación del séptimo mandamiento. La castidad antes del matrimonio y la fidelidad absoluta después de él todavía son las normas de las cuales no podemos desviarnos sin caer en el pecado, la miseria y la desgracia. La viola-

ción del séptimo mandamiento significa, generalmente, la destrucción de uno o más hogares.

Los adultos delincuentes producen hijos delincuentes; esta desagradable realidad no cambiará simplemente por el hecho de que rebajemos nuestras normas al definir lo que es la delincuencia, ya sea en adultos, jóvenes o niños.

Precisamente nosotros, mis hermanos, no debemos dejarnos vencer por los engañosos argumentos que afirman que la unidad familiar está de algún modo relacionada con las fases por las cuales pasan las sociedades en su desarrollo. Tenemos la libertad de resistir a los movimientos que rebajan el concepto de la familia y ensalzan la importancia de un individualismo egoísta. Sabemos que la unidad familiar es eterna y que cuando ésta funciona mal, el funcionamiento de todas las demás instituciones sociales también es malo.

Aquellos que la atacan, sea por ignorancia o por malicia, están poniendo los cimientos de un desgraciado e innecesario ciclo de miseria y desolación, pues buscarán en vano y dolorosamente un sustituto, y la sabiduría de los sabios mundanos perecerá públicamente por su insensatez.

La deterioración de muchas de nuestras familias ocurre en una época en que las naciones están encaminándose hacia unos de los tiempos más difíciles que se han conocido. El libertinaje no nos sacará incólumes de esas crisis; el materialismo no nos sostendrá, porque la polilla y el orín continuarán minando y corroyendo todos los tesoros mundanos.

Nuestras instituciones políticas —parlamentos, congresos y asambleas— no pueden rescatarnos si

nuestra institución básica, la familia, no permanece intacta. Los tratados de paz no pueden salvarnos cuando en el hogar hay hostilidad en lugar de amor; los programas para los desocupados no pueden mejorar la situación, cuando hay muchos a quienes no se les enseña a trabajar o no tienen la posibilidad de hacerlo y, en algunos casos, tampoco la inclinación; las leyes no pueden protegernos cuando hay demasiadas personas que no desean disciplinarse ni someterse a la disciplina.

Las presentes generaciones a las que se haya enseñado que la autoridad y la disciplina amorosa son innecesarias no obedecerán el quinto mandamiento, el de honrar a sus padres (véase Ex. 20:12). ¿Cómo pueden estas generaciones honrar a sus progenitores, si ellos mismos se han deshonrado, especialmente quebrantando el séptimo mandamiento?

Casi toda clase de estadísticas que vemos con respecto a la familia se convierte en un trágico esquema que nos recuerda la necesidad de nacer frente a la corriente y contenerla.

Una vez más os exhorto a que seáis diligentes en escribir vuestra historia familiar. Estamos muy complacidos con el éxito de la reciente Conferencia Mundial sobre Registros, en la cual se reunieron más de 11.000 personas procedentes de más de 30 naciones, para compartir sus conocimientos y aprender sobre este tema. Que podamos ser un ejemplo en esto, y cosechar los beneficios de ver a nuestras unidades familiares más fuertes al tratar de conservar nuestros respectivos patrimonios.

Esperamos que los padres estén

aprovechando el tiempo extra que les da el programa integrado de reuniones, a fin de enseñar, amar y nutrir espiritualmente a sus hijos; también esperamos que no olvidéis la necesidad de tener actividades y entretenimientos juntos, para lo cual también tenéis tiempo. Que vuestro amor por cada integrante de la familia sea incondicional. Y cuando surjan problemas, recordad: ¡Sólo fracasáis cuando dejáis de esforzaros!

Sinceramente aceptamos con gusto la ayuda animosa de iglesias, escuelas, colegios y universidades, de las personas de toda raza, credo y costumbres, que tengan interés en salvaguardar la familia. Pero, como ya lo indiqué, si todas las demás instituciones no hacen su parte en forma adecuada, de todos modos nosotros haremos la nuestra. No hay nada dudo-

so en lo que el Señor nos ha dicho. No podemos eludir nuestro deber. El ha colocado la responsabilidad donde corresponde, y nos hará responsables con respecto al deber que tienen los padres de enseñar a sus hijos los principios correctos y la importancia de que anden rectamente delante del Señor; y, al tratar de hacerlo, no hay nada que substituya la elocuencia del buen ejemplo.

¡Mis queridos hermanos! ¡La familia *puede* ser eterna! La divinidad, la eternidad y la familia pueden y deben ir juntas. No permitáis que los goces pasajeros os alejen de esa meta.

Os doy mi solemne testimonio de que Dios vive, que Jesucristo vive y que es nuestro Salvador y Redentor. Os dejo mi amor y mi bendición, en el nombre de Jesucristo. Amén.